

ges, ganado, caballos y material de navegacion. Respecto á la ejecucion de estos designios, le encargó Napoleon, que despues que concediera algun descanso á sus tropas, dejara destacamentos en Klagenfurth y Léoben á fin de escalonar su camino, dirigiéndose luego sobre OEdemburgo al O del lago de Neusiedel, donde debia encontrar al general Lauriston con los badenses, y la caballeria de Colberg y de Montbrun, lo cual iba á proporcionarle un refuerzo de tres mil infantes y cuatro mil caballos; que se trasladara en seguida sobre el Raab, esplorara el terreno hasta mas allá de este rio, para saber á punto fijo que marcha seguiria el archiduque Juan, y una vez bien enterado, maniobrara siempre de tal manera que colocara á este príncipe entre el mariscal Davout que andaba hácia Presburgo, y el ejército de Italia, para impedir cayera sobre Macdonald ó sobre Marmont; que mantuviera reunidas sus fuerzas á fin de tener á mano treinta mil hombres, y treinta y seis mil con Lauriston, cuando volviera á luchar con el archiduque Juan; que apresurara la toma de Gratz, y la reunion de Macdonald y Marmont; que vigilara con cuidado hácia su espalda, á fin de coger á Chasteler como se habia cogido á Jellachich al salir del Tirol; que dirigiera á Viena, ó volviera á enviar á Osopo, toda la gente enferma y herida que no se hallase en estado de entrar en las filas; que formara grandes acopios de víveres, y á la mitad del camino de Viena, espidiera los arcones del ejército de Italia que estuviesen vacíos, para que el parque general los llenara de municiones, y, por último, que estuviera siempre dispuesto, sea á dar una nueva batalla contra el

chiduque Juan, sea á concurrir con los generales Macdonald y Marmont á la gran batalla que iba á darse en las orillas del Danubio contra todas las fuerzas de la monarquía austriaca. Napoleon prescribia ademas al príncipe Eugenio que mirara con contemplacion á los húngaros si se mostraban pacíficos y benévolos con los franceses, y si no que los sometiera á las condiciones ordinarias de la guerra, es decir que viviera sobre el pais, pero tratándolos en todos los casos con mas miramiento que á los austriacos. Efectivamente, los húngaros merecian esta diferencia de tratamiento, porque no manifestaban á los franceses la misma animosidad que los demas subditos de la casa de Austria, y aunque mas de una vez habian dado pruebas de adhesion á esta casa, eran sin embargo, contrarios al ejercicio directo de su autoridad, y veian en Napoleon al representante de la revolucion francesa, revolucion que habia escitado en ellos mucha simpatía. Habíase ademas esparcido por el pais una voz vaga sobre que Napoleon pensaba en la emancipacion de la Hungría lo mismo que en la de Polonia, y los hombres cuyo espíritu propendia á las ideas nuevas, habian manifestado en su favor una especie de inclinacion, independiente de la admiracion que á todo el mundo causaba su prodigiosa carrera. No obstante, las instancias del archiduque palatino, la presencia de la córte, y la accion que esta ejercia en la alta nobleza, contrabalancearon las influencias opuestas, y Hungría se habia alzado á la voz de los archiduques, pero, segun informes, no tanto por entusiasmo como por cálculo. A creer informes so pretesto de levantarse en masa, querian exceptuarse de las cargas regu-

lares que en hombres y dinero hubieran pesado sobre ella, de haber sido tratada como las demas provincias de la monarquía. Preciso es reconocer que con el alzamiento en masa no habia suministrado arriba de unos veinte mil hombres, de ellos siete ú ocho mil de caballería noble, y doce mil de mala infantería, compuesta de alemanes pagados por los nobles como substitutos en el contingente de la insurreccion.

Conociendo Napoleon estas disposiciones ambiguas habia dirigido á los húngaros proclamas amistosas, prometiéndoles en tiempo de paz independencia, y durante la guerra exencion de toda especie de carga, si renunciaban á tomar las armas contra él. El efecto de estas proclamas fué, no separarlos de la casa de Austria, pero si entibiar su celo por el gobierno austriaco y predisponerlos á acoger á los franceses con menos hostilidad.

A este estado de cosas es á lo que se referian las instrucciones que Napoleon dió al príncipe Eugenio tocante á Hungría, instrucciones sumamente acertadas, lo mismo que todas las que acerca de la guerra dirigia diariamente á aquel príncipe. Este, como se verá, las siguió lo mejor que pudo con arreglo á su capacidad, y poco mas ó menos tan bien como podia desear Napoleon para el resultado general de la campaña.

Situado en Neustadt y luego OEdemburgo en los primeros dias de junio, á unas cuantas jornadas de Viena, y hácia la frontera de Hungría, el príncipe Eugenio dió descanso á su ejército, acercó á sí los diferentes cuerpos de que se componia, y reunió á los generales Lauriston, Colbert y Montbrun. Luego, fiel cumplidor del plan que le habia

trazado Napoleon, se dedicó á averiguar el paradero del archiduque Juan, procurando colocarle entre el mariscal Davout, y el ejército de Italia, con la intencion siempre, de impedirle se arroja sobre los generales Macdonald y Marmont. Asi que supo que archiduque estaba en Kormond hácia la parte alta del Raab, á donde debian llegarle las nuevas órdenes del generalísimo, marchó hácia Guns, y luego hácia Stein-am-Anger, á fin de alcanzarle y combatirle. Al mismo tiempo participó su posicion y sus proyectos al general Macdonald, para que este pudiera reunirse lo mas pronto posible. El general Macdonald se habia detenido en Gratz esperando al general Marmont, y procurando apoderarse del fuerte de Gratz, que dominaba la poblacion y de consiguiente la comarca; pero este fuerte, bien armado, y situado de un modo que era muy difícil atacarlo, no podia ser sitiado sino con artillería gruesa, de la que el general Macdonald carecia absolutamente. Trató de batir las murallas con obuses, y luego de asustar al comandante con amenazas, mas todo era inútil: éramos, pues, dueños de la poblacion, y hubo que bloquear la ciudad que constituia su principal fuerza. El general Macdonald, asi que recibió las comunicaciones del príncipe Eugenio, se apresuró esperando de participar de las operaciones que se preparaban á ponerse en camino con la division Lamarque, los dragones de Pully, dos batallones de la division Broussier, y la mayor parte de la artillería. Al general Broussier lo dejó delante de Gratz, con ocho batallones solamente, dos regimientos de caballería lijera, y diez piezas de campaña, encargándole cuidara de llevar á cabo lo que

debía haber ejecutado todo el cuerpo: tomar la ciudadela de Gratz, reunir el ejército de Dalmacia, é impedir al austriaco Chasteler que pasara del Tirol á Hungría. Por fortuna eran escelentes las tropas, y podian, como lo probaron bien pronto, resistir á fuerzas infinitamente superiores.

El general Macdonald, que salió de Kormond el 9 de junio, se reunió allí con el príncipe Eugenio hácia el Raab, donde uno y otro se alegraron en extremo de volver á verse sanos y salvos, al cabo de un mes de movimientos divergentes y peligrosos, en medio de comarcas enemigas. Lo mas sencillo hubiera sido marchar en adelante juntos para combatir al archiduque Juan, y, haciéndole sufrir el postrer descalabro, llevar á los generales Broussier y Marmont el auxilio poderoso aunque indirecto de una batalla ganada á su lado, pero conociendo vagamente el príncipe Eugenio el inconveniente que resultaría de dejar solo en Gratz al general Broussier, creyó obviarlo dejando al general Macdonald solo en Papa, para que este estuviera á tiro de los generales Broussier y Marmont, con lo cual, lejos de atenuar, agravaba la falta cometida, puesto que se iba á estar divididos en cuatro destacamentos, el general Marmont con diez mil hombres, el general Broussier con siete mil, el general Macdonald con ocho, y el príncipe Eugenio con treinta. Al general Macdonald se le envió, pues, hácia Papa mientras que el príncipe Eugenio de Stein-am-Anger sobre Sarbar, bajaba el Raab en pos del archiduque Juan, con veinte y nueve ó treinta mil hombres de su ejército, y de seis á siete mil del destacamento de Lauriston.

Durante estas marchas del virey, el archiduque

Juan despues de vagar entre el Muhr y el Raab, ejecutando sus movimientos con menos precision y exactitud aun que su contrario, acabó por ceder á las repetidas órdenes del generalísimo, y aproximarse al Danubio. Su deseo, como se ha visto, hubiera sido obtener facultad para obrar aisladamente en la frontera de Hungría, reunir á las suyas las tropas de los generales Chasteler y Giulay, arreglarse de este modo un cuerpo de ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, comprendiendo la insurreccion húngara, batir por turno á Eugenio, Macdonald y Marmont, y, en fin, ir á situarse en la derecha descubierta de Napoleon, para clavarle por el costado la punta de la espada. No hay duda que de haber sido segura semejante serie de hechos afortunados, ó solamente probable, valía la pena de imponerse sacrificios para procurársela, pues privando á Napoleon de los cincuenta mil buenos soldados que le llegaban de Italia y Dalmacia, y amenazándole ademas por la derecha y la retaguardia, se le reducía á la imposibilidad de intentar nada decisivo alrededor de Viena y de reparar el primer paso del Danubio con otro mas feliz. Empero para obrar como lo proyectaba el archiduque Juan, era menester un acierto, una rapidez en las maniobras, que no debía esperarse sino del capitán mas hábil, de las tropas mejores; y puesto que no se podia contar con ello en manera alguna, valia mas limitarse á molestar á Napoleon ostigando su derecha con las insurrecciones húngaras y croatas, y disponer de los diez y ocho ó veinte mil hombres que quedaban al archiduque Juan, para estar en situacion de dirigirse hácia Viena á la primera indicacion. Repetidas veces

pues se habia mandado al príncipe austriaco dejara al general Stoichevich, al ban Giulay y á Chasteler, que acosasen á Napoleon hácia Hungría, pusiera una guarnicion en Presburgo, y se situara en seguida con las mejores tropas de Italia detrás del Danubio, para concurrir á la lucha, que tarde ó temprano debia trabarse otra vez en las márgenes de aquel gran rio.

Obligado por órdenes tan positivas, el archiduque Juan se habia visto precisado á acercarse al Danubio, lo cual hizo siguiendo los bordes del Raab por Kormond, Sarvar, Papa y la misma poblacion de Raab. Esta poblacion fortificada, pero descuidada desde hacia mucho tiempo, y pobremente armada en aquel momento, estaba situada en la orilla del mismo nombre, no lejos de su desembocadero en el Danubio, entre Presburgo y Komorn, y un campo atrincherado tenia enlace con la plaza, ofreciendo una buena posicion sobre el Raab. Al archiduque Juan se le habia reunido alli su hermano el archiduque palatino con las fuerzas de la insurreccion húngara, y los dos príncipes podian presentar á los franceses cerca de cuarenta mil hombres, la mitad de los cuales eran tropas regulares llegadas de Italia y el Tirol, y la otra mitad tropas apenas formadas de la insurreccion húngara. Estas se dividian en doce mil hombres de infantería, la cual era una especie de revoltillo de todas las poblaciones magyares ó alemanas del pais, y en ocho mil hombres de caballeria noble, poco acostumbrada á las rudas guerras de aquella época. Con estos cuarenta mil hombres, tan desiguales en calidad fué con lo que quisieron los dos archiducos hacer frente otra vez al príncipe Eugenio, an-

tes que abandonarle la orilla derecha del Danubio, y retirarse á la orilla izquierda.

Ya en los dias 12 y 13 de junio fueron ostigados por el príncipe Eugenio, y el 13 por la tarde se apostaron alrededor de Raab, seguros de tener á la mañana siguiente una accion muy reñida sino consentian en batirse en retirada. Pareciéndoles ventajosa la posicion, se establecieron en la meseta de una colina, apoyada la derecha en el rio Raab, vuelta la espalda al Danubio que corria unas cuantas leguas detrás, y la izquierda en unos pantanos que se estendian á lo lejos. La tarde del 13 y la mañana del 14 las emplearon en rectificar su posicion, y sobre todo en mezclar unas con otras las tropas regulares y las de la insurreccion, para que las primeras diesen á estas la debida consistencia. En ello siguieron una órden formal del archiduque Carlos, órden muy acertada, pero que en aquella ocasion les hizo perder mucho tiempo, de suerte que no estuvieron dispuestos para combatir hasta las once de la mañana del 14.

Afortunadamente para ellos, el príncipe Eugenio, aunque marchaba con muy buenas ganas de alcanzarlos, no estaba tampoco en situacion de poder acometerlos antes de las once y media.

Lo mismo que los dos príncipes austriacos, habia costeadado las orillas del Raab, rio que corre casi perpendicularmente al Danubio, y que en lo alto de la poblacion solo dista de él unas cuantas leguas. Avanzaba dando la izquierda al rio, donde los austriacos tenian su derecha, y dando la derecha á la pantanosa llanura en que los austriacos tenian su izquierda. Marchaba en varios escalones, formando el primero á la derecha la division Se-

ras, el segundo en el centro la division Durutte, y el tercero á la izquierda la division italiana Severoli. La division Paethod y la guardia italiana colocadas detrás componian una doble reserva, y la caballería estaba repartida en las alas. Esta disposicion la exigia la naturaleza de los sitios y la distribucion de las fuerzas enemigas en la meseta que se iba á atacar. En la pantanosa llanura y á nuestra derecha se descubria la caballería húngara en masa, presentando cerca de siete á ocho mil giacetes, de un aspecto brillantísimo, pero no tan terribles como vistosos. Sostenianles los húsares, no tan brillantes pero experimentados en la campaña de Italia, á las órdenes todos del general Meuzery. Algo menos á la derecha, y tirando hácia el centro, detrás de un arroyo fangoso, se veia á la infantería de Jellachich y Colloredo, ocupando los edificios solidísimos de una gran hacienda de campo llamada Kismegyér, y de la aldea de Szabadhegy. Por último, de esta última aldea al Raab, es decir, hácia nuestra izquierda, se divisaba la infantería de Frimout, que formaba hácia el rio y el campo atrincherado la derecha de los austriacos. Cuatro ó cinco mil hombres, no tan buenos soldados como los demas, defendian aquel campo atrincherado que bloqueaba el general Lauriston con los balenses.

El príncipe Eugenio, despues de ponerse de acuerdo con los generales Grouchy, Montbrun, Grenier, Seras y Durutte, convino en tomar las disposiciones siguientes. Mientras que la caballería de Montbrun desplegada en batalla ocultaria los movimientos de nuestra infantería, avanzando por escalones las tres divisiones Seras, Durutte y

Severoli, debian atacar por turno la granja de Kismegyér y la aldea de Szabadhegy, embistiéndoles por uno y otro lado. La division Paethod y la guardia italiana, que quedaban de reserva, estaban encargadas de apoyar el escalon que necesitase auxilio. Grouchy y Montbrun en la derecha debian caer sobre la caballería enemiga, mientras que Sahué en la izquierda ligaria el ejército con el destacamento de Lauriston. El príncipe Eugenio, conociendo entonces, pero algo tarde, lo acertado de los consejos de Napoleon, envió ayudantes y mas ayudantes de campo al general Macdonald para que le llevase de Papa los ocho mil hombres que tan bien le venian en aquel momento, pues solo tenia treinta y seis mil contra cuarenta mil situados en una fuerte posicion. Y eso que Napoleon le habia estado repitiendo sin cesar que aun con las mejores tropas era preciso para no dejar nada á la casualidad maniobrar de modo que se fuese mayor en número que el enemigo en el terreno en que se diesen las batallas. Por fortuna Macdonald, preveyendo que podria ser útil en Raab, mientras que en Papa nada hacia ni en favor de Broussier ni en favor de Marmont, se habia puesto espontáneamente en camino, y ya se le veia á lo lejos precedido por los dragones de Pully. Habia allí, pues, un recurso contra una desgracia, poco probable, pero posible.

A eso de medio dia púsose en movimiento nuestro ejército para atacar la posicion enemiga. No estando aun en línea la division Seras, encargada de formar el escalon mas avanzado á la derecha, Montbrun desplegó sus cuatro regimientos de caballería lijera, y bajo un fuego violento de artillería, hizo con una sangre fria admirable las mismas evoluciones

que hubiera podido hacer en un campo militar. Luego, cuando la infantería de Seras estuvo en línea y le pareció oportuno acometer á la caballería húngara, salió á galope con sus regimientos y cayó sobre la brillante nobleza que, aunque vacilando, habia ido á socorrer á la casa de Austria. Por muy valiente que sea una nacion, nada suple en ella el hábito y la esperiencia de la guerra. En un instante se dispersó aquella tropa ante la caballería lijera de Montbrun, acostumbrada á andar á sablazos aun con coraceros, y dejó descubierta la izquierda de los austriacos. Quedaban los húsares regulares del archiduque Juan, que eran dignos de medir sus armas con los nuestros: cargaron, pues, á Montbrun, pero éste les devolvió al punto la carga, y los obligó á replegarse sobre su cuerpo de batalla.

Durante este tiempo, la infantería de Seras, formada en dos filas, habia llegado á la meseta que ocupaban los austriacos, dirigiéndose hácia la hacienda de labor de Kismegyer. Antes de llegar á ella, se encontró el arroyo fangoso que cubria la posicion del enemigo, y vió que era mas difícil de pasar que lo que se habia supuesto al principio, pues tenia profundidad, presentaba poca entrada y estaba defendido por valientes y diestros tiradores. Sin embargo, se consiguió atravesarlo y se marchó sobre el vasto edificio cuadrado que componia la hacienda de Kismegyer, cuyas paredes tenian almenas y estaban defendidas por doscientos hombres de la mejor infantería. Mientras que Seras iba á embestir á aquel obstáculo temible, Durutte con su infantería, formando el segundo escalon, llegaba tambien al arroyo, lo pasaba, trepaba á la meseta bajo una lluvia de proyectiles, y acometia por

la derecha á la aldea de Szabadhegy, á la que la division italiana Severoli acometia igualmente por la izquierda. En aquel instante se peleaba en toda la línea, y la artillería de los austriacos, unida á su fusilería, hacia sobre nuestras tropas un fuego de los mas mortíferos. El príncipe Eugenio, corriendo de un extremo á otro del campo de batalla, prodigaba su vida como oficial valiente que era, ganoso de compensar con su bravura lo que todavía le faltaba bajo el aspecto del mando.

El general Seras así que se acercó mucho á la hacienda de Kismegyer, sufrió por todas las troneras un fuego tan terrible de fusilería, que en unos cuantos minutos quedaron tendidos en tierra de setecientos á ochocientos hombres, entre ellos unos sesenta oficiales, hasta tal punto, que si sus tropas no temblaron se sobrecogieron á lo menos algo, y fué menester socorrerlas para que recobrasen su ardor y su confianza. El general Seras replegó la primera fila sobre la segunda, y luego así que sus valientes soldados tomaron aliento, los volvió á llevar espada en mano hácia el obstáculo formidable de donde salia un fuego tan destructor. A pesar de las descargas repetidas de la fusilería enemiga, fué á aplicar el hacha de los zapadores sobre la puerta del edificio, las derribó, y entrando con bayoneta calada, vengó en los infelices defensores de la hacienda de Kismegyer la muerte de los setecientos ú ochocientos hombres que habian perecido al pie de sus paredes. Despues de pasar á cuchillo unos cuantos centenares de enemigos, se apoderó de los demas y marchó sobre la izquierda de la línea austriaca, que replegándose á la cima de la meseta, todavía se mantenía firme. Al mismo

tiempo Durutte trepaba á la meseta y atacaba á Szabadhegy en union con la infantería italiana de Severoli. Aqui fué tambien el combate tan obstinado como en la hacienda de Kismegyer: los austriacos se defendieron con vigor detrás de las casas de la aldea, y nos hicieron pagar caro su conquista. Replegaronse un instante, mas para volver á la carga, pues el grueso de las tropas que componian su centro y su derecha, conducido por el archiduque Juan hácia la aldea entró en ella á paso de carga y arrolló hácia el arroyo, por un lado á Durutte, y por otro á los italianos de Severoli. Replegándose la primera fila de estas dos divisiones, pasó por los huecos de la segunda sin que esta se conmoviera ó se dejara arrastrar: lejos de ello, se dirigió hácia adelante llevándose la primera fila consigo. Los generales Durutte y Severoli guiaron sus divisiones á la aldea tan disputada, y la tomaron en union con la primera brigada de la division Paethod, que habia acudido en su auxilio. Desde entonces se avanzó por derecha é izquierda hasta mas allá de los dos puntos de apoyo de la línea enemiga que acababan de ser tomados. Habia llegado el momento de que obrara la caballería, y Montbrun, Grouchy y Colbert, se lanzaron á cortar la retirada á los austriacos que procuraban llegar al Danubio. Montbrun desbarató varios cuadros é hizo muchos prisioneros; pero sin embargo, se detuvo al ver la actitud del ejército austriaco, que se retiraba en masa y en buen orden. En la izquierda, el 8.º de cazadores de la division Sahué, que estaba delante del resto de su division, se precipitó con un ardor extraordinario sobre la derecha de los austriacos en el momento en que se aleja-

ba de Raab, y rompió cuanto halló en su camino. Ya habia hecho deponer las armas á muchos miles de infantes enemigos y apoderándose de una numerosa artillería, cuando conociendo los austriacos que no tenia quien le apoyara, volvieron de su turbacion, hicieron fuego sobre él, é iban á maltratarle gravemente si el resto de la division Sahué conducido tardíamente por su general, no hubiese ido á sacarle del trance. Aquel valiente regimiento conservó no obstante mil quinientos prisioneros y algunos cañones y banderas.

Viendo los archiduques que la batalla estaba perdida del todo, ordenaron al fin la retirada, la cual gracias al terreno y á la obscuridad no fué tan desastrosa como podian temer, y se efectuó por Saint-Irany, hácia las tierras inundadas del Danubio. Aquella jornada que, con respecto al príncipe Eugenio y el ejército de Italia, reparaba gloriosamente la derrota de Sacila, nos costó dos mil hombres entre muertos y heridos, y á los austriacos unos tres mil hombres fuera de combate, dos mil quinientos prisioneros, y dos mil soldados extraviados. Por lo demas, nos libertaba del archiduque Juan y el archiduque palatino, aseguraba la reunion de los generales Broussier y Marmont, y no nos dejaba espuestos en la orilla derecha sino á correrías de húsares, correrías poco temibles, á las que bastaria oponer algunos destacamentos de caballería. Macdonald llegó á la caída de la tarde, para abrazar en el campo de batalla al joven príncipe en cuyos triunfos se interesaba vivamente.

Mientras que en aquel punto se ejecutaba el plan de Napoleon, á escepcion de alguna leve falta en los pormenores, de un modo tan conforme

á su modo de pensar, tambien se realizaba la reunion de los generales Marmont y Broussier, á pesar de algunos contratiempos, hijos unos de las circunstancias, y otros de malas combinaciones que á la distancia en que se hallaba Napoleon, no podia corregir á tiempo. El general Broussier, que quedó solo en Grätz, hubiera estado muy comprometido si sus tropas no hubiesen sido de las mas sufridas y valientes. Despues de empezar por batir con obuses la ciudadela de Gratz, sin conseguir someterla, viendo que el comandante se mostraba resuelto á no ceder sino ante un ataque formal, tomó sus disposiciones para seguir siendo dueño de la poblacion, independientemente de la ciudadela, y para mantener el campo á lo lejos, á fin de tender la mano al general Marmont que se acercaba. Hizo varias escursiones hácia la Croacia, en la direccion que seguia el general Marmont, hasta doce y quince leguas de distancia, y cada vez que esto sucedia, con cinco ó seis mil hombres trababa contra el ban Giulay combates parciales, en los que lo derrotaba completamente; pero como de este modo siempre se alejaba de Gratz, no pudo guardar suficientemente los caminos del Tirol, y el general Chasteler, atravesando los puestos del ejército de Italia, llegó á Hungría con cuatro ó cinco mil hombres, mas felizmente con mucho que el general Jellachich. A todo esto, el general Marmont, que se habia detenido algunos dias al saber los descalabros del ejército de Italia, prosiguió bien pronto su marcha, avanzó hasta cerca de Gratz con tanta prudencia como atrevimiento, y dió aviso de su próxima llegada al general Broussier. Este asi que recibió la noticia se apresuró á bajar por

el Muhr, con la esperanza de reunirse al general Marmont en Kalsdorf, dejando dos batallones del 84.º en un arrabal de Gratz para guardar la poblacion; pero mientras bajaba por la márgen derecha del Muhr, el ban Giulay subia por la izquierda á la cabeza de quince mil hombres, la mitad de tropas regulares, y la otra mitad de la insurreccion croata, y se dirigió á acometer de improviso á los dos batallones encargados de defender á Gratz. Estos dos batallones, atacados por todo un ejército, resistieron diez y nueve horas seguidas con un valor heróico, á las órdenes del coronel Gambiu, mataron mil doscientos hombres al enemigo, le cogieron cuatrocientos ó quinientos, y dieron tiempo á que acudiera á socorrerlos el general Broussier. Efectivamente, este general, sabedor del movimiento del ban Giulay, volvió á subir precipitadamente por el Muhr, cayó sobre las tropas de Giulay, las dispersó, y libertó á los dos batallones del 84.º hasta que al fin apareció á una ó dos jornadas de distancia la vanguardia del general Marmont. De este modo aquel cuerpo de diez mil hombres, el mejor del ejército despues del que capitaneaba el mariscal Davout, se reunió con las masas beligerantes, y agregados al príncipe Eugenio los generales Marmont, Brussier y Macdonald, se vieron entonces en situacion de proporcionar á Napoleon el auxilio de todas las fuerzas de Italia y Dalmacia. Los cuerpos de Stolchevich y Giulay estaban ademas completamente dispersos, y los dos archiduques (Juan y el palatino), habian sido rechazados definitivamente hasta mas allá del Danubio.

Habia en esto con que indemnizar á Napoleon



de las jornadas de Essling, y lo necesitaba, pues animados sus enemigos con aquellas jornadas famosas, se agitaban mas que nunca, y trataban todavía de sublevar el Tirol, la Suabia, la Sajonia, la Wesfalia y la Prusia. Al esparcirse la voz de que los franceses habian sido derrotados en Essling, el tirolés Hofer y el mayor Teimer bajaron de las cumbres del Brenner, aunque estaban muy irritados contra el gobierno austriaco porque les habia retirado los dos cuerpos de Jellachich y de Chasteler. El odio que tenian á la casa de Baviera suplía su cariño entibiado para la casa de Austria, y el general bávaro Deroy, que habia quedado solo defendiendo á Inspruck, se vio asaltado en todas las alturas inmediatas por un enjambre de montañeses, malos soldados en la llanura, pero muy buenos tiradores en las montañas, y adversarios muy temibles cuando era preciso batirse en retirada. Obligado á hacerles frente por espacio de algunos días, el general Deroy agotó casi todas sus municiones, y temiendo le faltaran, pero sobre todo verse privado de víveres de resultas del estrecho bloqueo establecido alrededor de Inspruck, se retiró con su division al fuerte de Kufstein, abandonando por segunda vez la capital del Tirol. Este acontecimiento de poca importancia en sí, causó no obstante profunda impresion en toda la Baviera, y mas que nada en la córte, que temía mucho verse obligada á evacuar otra vez á Munich. Los habitantes del Vorarlberg se mostraban tambien muy tumultuarios, y en las orillas del lago de Constanza, en el Alto Danubio, en toda la Suabia, por último, la agitacion se hacia de notar, siendo evidente que si experimentábamos un

descalabro mas efectivo que el de Essling, nós veríamos sériamente amenazados por la espalda.

Los austriacos que conocian este estado de cosas por ser los autores de él, acababan de agravarlo por medio de una disposicion peligrosísima para nosotros. Dieron al duque de Brunswick-Oels, hijo del famoso duque de Brunswick, medios para sacar un cuerpo compuesto de refugiados de todas las provincias alemanas, particularmente de prusianos. Agregáronle ademas algunas tropas regulares y algunos *landwehr*, formando un total de ocho mil hombres poco mas ó menos, y lo dirigieron de Bohemia á Sajonia, esparciendo antes las voces mas falsas sobre la victoria que sostenian se habia conseguido contra los franceses en Essling. Al mismo tiempo dirigieron otro cuerpo de cuatro mil hombres, mitad tropas regulares y la otra mitad *landwehr* de Bohemia hácia la Franconia, sembrando las mismas voces por el camino. El primer cuerpo avanzó de Praga hácia Dresde, donde entró sin disparar un tiro, despues de obligar, con solo acercarse, á la córte de Dresde á que se refugiara en Leipsick. El segundo marchó de Egra sobre Bayreuth, aprovechándose de la desnudez de fuerzas en que habia dejado la guerra del Danubio á nuestros aliados de la Baviera y el Wurtemberg. Era su plan penetrar hasta la Turingia, reunirse allí en un solo cuerpo á las órdenes del general Kienmayer, y entrar en Wesfalia para espulsar al rey Gerónimo. Asi es que asustado este del peligro que le amenazaba, se apresuró á pedir á París recursos que no existian, y sus gritos de socorro acabaron por causar allí una alarma.

La aparicion de estas diversas columnas escita-

ron viva agitacion en Alemania, pero sin provocar en ella, no obstante, ningun movimiento insurreccional, á pesar de cuanto se habian prometido los austriacos, porque aun estaba intacto el prestigio de Napoleon, se miraba como cosa dificil derribar su poderío, y al mismo tiempo que difundian la voz de que estaba vencido, no estaban bastante persuadidos de ello para atreverse á tomar las armas. El ejemplo de lo que acababa de suceder al mayor Schill no era para tentar á nadie. Este osado partidario, creyendo que obedecia al pensamiento secreto de su gobierno, desobedeciendo sus órdenes patentes, habia salido de Berlin, como se ha visto, con un cuerpo de caballería prusiana, y se puso á recorrer el campo, en la esperanza de que arrastraria tras sí al ejército y las poblaciones. Bien acogido por todos, sin que nadie le siguiera, y aun desconcertado con las declaraciones severas salidas de Königsberg, huyó á Mecklemburgo, luego á Pomerania, y sorprendió la mal guarnecida plaza de Stralsund, con la intencion de sostener allí un sitio. Acometido á poco por un cuerpo holandés, y aun por un cuerpo danés, que quiso dar á Napoleon esta prueba de adhesion, no pudo defender una plaza fuerte con caballería, y al tratar de escaparse por una puerta, mientras que las tropas holandesas entraban por la otra, cayó muerto de un sablazo que le dió un soldado de caballería holandés. El infeliz, victima de su desenfrenado patriotismo, vío al morir cogida, destruida ó dispersada su tropa. Este era el único fruto que hasta entonces habian producido las insurrecciones alemanas; pero no por eso estaban menos exasperados los corazones, y no faltaba mas, sino un des-

calabro real y efectivo, para que los pueblos intimidados todavía, estallasea de un extremo á otro del continente.

En Polonia, hábilmente conducida la campaña por el príncipe Poniatowski, tuvo resultados inesperados, si bien poco decisivos. Al entregar la orilla izquierda del Vistula á los impacientes austriacos, que, no contentos con ocupar á Varsovia, habian tenido la imprudencia de bajar hasta Thorn, aquel príncipe se reservó la orilla derecha, los rechazó cuantas veces quisieron atravesarla, y luego subió hasta Galicia, para despertar el espíritu de insurreccion que fermentaba sordamente en aquella provincia polaca. Efectivamente, al aparecer él alzaronse parte de los gallicianos, y le ofrecieron víveres, municiones y gente. De este modo entró en Sandomir, y aun amenazó á Cracovia, viéndose obligado el archiduque Fernando á retroceder de resultas de las operaciones del príncipe Poniatowski, y á retirarse rápidamente. Hubiera podido cortársele la retirada, y aun hacer que fuese desastrosa, pasando de la orilla derecha á la orilla izquierda, para contenerle en su movimiento de retroceso, plan que se propuso un cuerpo polaco de cinco mil hombres, mandado por el general Dombrowski, pero era incapaz por sí solo de realizarlo, y corria el riesgo de dejarse destruir sin tener la probabilidad de contener al enemigo. Los rusos, al mando del príncipe de Gallitzin, que entraron en línea á últimos de junio, cuando debieran haberlo verificado en abril, podian ejecutar esta maniobra, y no dejar que volviera á Galicia ni un austriaco. El príncipe Poniatowski les suplicó que obraran asi, pero halló en ellos una mala voluntad